CLAVILEÑO

Año I Número 1 ★ Mayo de 1948 ★ Precio $ 0.50

Primeras Palabras

Sale a la luz pública nuestra revista, después de vencidos algunos titubeos, obstáculos y dudas a que dió lugar su realización. Esto ha sido posible gracias al constante aliento y ayuda generosa de unos cuantos artistas —maestros y amigos—. Para ellos, nuestro cariño y reconocimiento.

En el estudio improvisado, hemos abierto la ventana que, durante tanto tiempo, a través de sus cristales, dejó pasar la luz de otras revistas literarias e hizo madurar en nosotros la ilusión que hoy [illegible]

[illegible] *Nó la juzguéis con la misma severidad con que juzgáis los grandes ventanales que mantienen vivo el fuego artístico de México.*

Somos un grupo más de jóvenes, tan ilusionados como inexpertos, cuyas inquietudes literarias no pueden ser guardadas por más tiempo entre las cuatro paredes del cuarto de trabajo cotidiano: fragua y taller, río caudaloso, cielo de amplios horizontes, mar encrespado, según el momento de nuestra exaltación lírica o la serenidad de nuestro ánimo.

Permítenos, lector, declarar, con toda sencillez y firmeza, nuestra fe en la obra que emprendemos hoy. Confiamos en ella, porque confiamos en nosotros mismos. Oímos la voz que nos grita, alentándonos, y percibimos la claridad que guía y presta seguridad a nuestros pasos. El que hoy damos, no es improvisado. Nuestra decisión ha sido precedida de meses, años quizá, durante los cuales hemos procurado reunir y poner en el mayor orden posible [illegible]

Ninguno de nosotros quedará rezagado en el camino, vencido por el temor, la flaqueza o la desgana. Dan vigor a nuestro ánimo las palabras que Don Quijote dirigía a Sancho cuando ambos cabalgaban sobre Clavileño: "Destierra, amigo, el miedo; que en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa".

EL DIRECTOR

Dedicamos este Número a la Memoria de Nuestro Compañero Muerto:

RAFAEL MELGAR REGUERA

SUMARIO

PRIMERAS PALABRAS ..... *El Director*
CAMINO EN LA NOCHE ..... *Víctor Rico Galán*
EDITORIAL
CUENTO ENANO ..... *Arturo Souto Alabarce*
POESIA ..... *V. Rico Galán, L. Rius Azcoita, A. Gironella e I. Burgos.*
JOSE LUIS HIDALGO Y LAS DOS TENDENCIAS DE LA POESIA ACTUAL ESPAÑOLA ..... *Manuel Bonilla*
ADRIANA (Cuento) ..... *Juan Espinasa Closas*
EL OTRO SEÑOR GARCIA (Cuento) *Fernando Rico Galán*

CAMINO EN LA NOCHE

(Historia de una agonía compuesta en memoria de Dn. Miguel de Unamuno)

Por Víctor Rico Galán.

—¿Me da usted fuego, por favor?

Tendí mi cigarrillo encendido al desconocido que se había parado ante mí en la acera desierta. Por no parecer impaciente, me abstuve de mirarlo mientras encendía su cigarro, e, inconscientemente, volví la vista hacia arriba y quedé mirando a la Luna, en prudente espera. Pero el individuo aquel parecía necesitar mucho tiempo para la sencilla operación que estaba realizando y, sin esperar más, me volví. Su mirada había seguido la dirección de la mía.

¿Le gusta a usted mirar la Luna?

—Es interesante verla así —repuse—, rodeada de nubarrones...

—Sí, hay algo de aquelarre en esos claroscuros y [illegible] de las nubes. Y en el [illegible] el silencio, es lo que más me atrae y me atemoriza a la vez: es como si se desprendiera uno del tiempo para penetrar en el espacio puro, porque los sonidos lo dividen y lo hacen actual; pero el silencio lo suspende, lo esconde. Entonces se ve muy cerca la muerte, el espacio se hace infinito al faltarle su límite que es el tiempo, la división, el ruido... Pero me parece que hablo demasiado y le molesto a usted con mi charla.

—No, no. Nada de eso. Quisiera preguntarle una cosa: ¿Y el tiempo puro?

—Quizá el amor es el alma palpitando en el tiempo; quizá cuando oímos una pieza de bella música. Entonces vivimos intensamente; pero el silencio es la antesala de la muerte.

—Sin embaro, siempre hay algo que divide, y por lo tanto instituye en el tiempo.

—Por eso he hablado de la antesala de la muerte. El silencio absoluto sería la muerte misma.

Mi interlocutor volvió a mirar la Luna. Yo permanecí silencioso, sin atreverme a interrumpirle. Aquel hombre producía en mí una impresión inexplicable: me había empequeñecido con sus palabras, y no tuve valor para hablar, seguro de que cualquier cosa que dijese rompería algo que vagamente percibía, sin saber lo que era.

Al fin se volvió hacia mí con una sonrisa que parecía anular toda la conversación anterior. Era el hombre sociable, cuidador de la forma externa aún ahogando al hombre puro, el que apareció en aquella sonrisa. Comprendí que allí terminaba todo lo que tanto me interesaba y procuré evi-

(Pasa a la pág. 2)

BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

CAMINO EN LA NOCHE

(Viene de la 1a. Pag.)

tarlo. Yo no estaba dispuesto a que las palabras del desconocido quedasen truncas; no quería volver a mi vida monótona y aburrida sin saber más del silencio.

—¿Y cómo aprendió usted todo eso? —pregunté.

—"Eso" no se aprende: se vive. Yo soy ave nocturna: de día no vivo; pero de noche, en el silencio, percibo todo con una intensidad que me llena el alma y casi podría decir que la rebasa. En la noche todo adquiere un significado nuevo, y resalta como lo blanco sobre lo negro.

—*Se vive*; pero ¿cómo?

Me miró con ojos penetrantes, como si tratara de medirme. Yo sostuve su mirada sin hablar.

—Venga usted.

Le seguí sin vacilaciones. Aquel "venga usted" había sido dicho en un arranque súbito, lleno de voluntad, con la convicción de lo indiscutible. Mi interlocutor andaba ahora en silencio, con los ojos fijos en la noche. Miré también hacia ella y sentí que mis propios ojos se hacían noche lentamente. No sé cuánto tiempo caminamos así: yo no volvía la vista hacia los lados. Empecé a notar una sensación vaga de ingravidez: era como si bajo mis pies no hubiera suelo que pisar. Pausadamente, sin saltos bruscos, con una suavidad aterradora, este sentimiento se fué apoderando de mí. Pero no miré hacia abajo: conservé mis ojos fijos en la Luna. Ahora veía con mayor claridad los celajes oscuros que la rodeaban: se movían incesantemente; pero sin prisa, con su eternidad por delante. Adoptaban formas caprichosas, siempre iluminados en sus bordes y en las partes más traslúcidas por una luz brillante, nunca chillona, como de terciopelo. A veces se parecían a las figuras atormentadas, hundidas bajo el peso de su propio infortunio, que pintó "El Greco".

Por momentos el silencio se agrandaba. Yo sentía cómo el tiempo se iba quedando a mi espalda, y aquella sensación de infinitud —o de nadidad— se me metía cada vez más dentro del alma. Y continué con la vista fija en la Luna, que se acercaba, se acercaba... Sentía unos deseos enormes de mirar hacia abajo, pero no me atreví. El ansia de saber por donde iba me torturaba, y, al mismo tiempo, estaba seguro de no hallar nada, de que no había nada, nada. Temblaba ante la idea de mirar, de ver el abismo que sabía bajo mis pies. Sí, lo sabía, pero no quería verlo, me daba terror apartar la vista de la Luna. Y seguí caminando con los ojos inmóviles, no quería caminar, no: me daba miedo; pero sabía que si me detenía ya nada cortaría el tiempo que mis pasos rítmicos conservaban aún en aquel reino del silencio, del espacio; sabía que si paraba me hundiría en la nada, moriría, sí, moriría sin remedio. No quería morir: quería vivir, aunque fuese en aquel terror lúgubre; aunque tuviese que pasar la eternidad así, amarrado, impotente, temeroso. Y seguí caminando con los ojos inmóviles. Me hundía cada vez más dentro de la noche, y la noche cada vez más dentro de mí. Apenas podía soportar ya el miedo y sentía que mi resistencia —forzada hasta el máximo— estaba a punto de romperse.

Me detuve en seco y vi pasar a mi compañero sin mirarme, con los ojos inmóviles. De pronto me arrepentí de haber parado.

—¡No, no! ¡Espéreme! ¡Espéreme!

Pero continuó su camino sin hacer siquiera un gesto, y yo me aterroricé más al oír mi voz que sonaba siniestramente en medio del silencio. Poco a poco lo fuí perdiendo de vista: vi cómo se confundía con la noche, cómo su figura, extrañamente luminosa en los contornos, se esfumaba en los celajes oscuros que coronaban la Luna.

Y me quedé allí en la soledad, manchando la noche con mi presencia. La piel, la carne y los huesos se me iban haciendo noche suave, muy suavemente. La angustia me ahogaba: quise moverme y no pude; quise gritar y descubrí que no tenía voz. Dentro y fuera del alma, noche, silencio, espacio...

Editorial

Hay actos en la vida del hombre que contienen a la vez una gran profundidad vital, y una buena dosis de ridículo. La pasión por la señora de treinta años, cuando teníamos trece o catorce, han hecho reir a cuantos nos vieron temblorosos ante ella, incapaces de unir dos palabras con lógica. La experiencia demuestra que en estos casos se fracasa casi siempre: de ahí el ridículo; y sin embargo, ¡con qué intensidad hemos vivido aquellos momentos, mientras los demás reían!

Pasa el tiempo, y ya sabemos algo del disimulo, ya no hacemos el ridículo —o lo hacemos menos— por culpa de la mujer. Ahora escribimos, y esto nos arrastra ineludiblemente a otra posición difícil. Volvemos a ser el hazmerreír del prójimo, porque... publicamos una revista. ¿Hay algo más natural? Y a la vez ¿hay algo más ridículo? De tantas revistas como se publican, fracasan la mayoría. El joven escritor pone todo su entusiasmo y su fe; pero sólo unos pocos, poquísimos, salen avante. Los demás son eliminados: no sirven. Y, claro, los hombres expertos que ven nuestra obra sonrien con un poco de ironía y otro poco de conmiseración —esto es lo más indignante— y piensan: *Una revistilla más*. Algunos hay —y bastantes— que se burlan abiertamente del intento. Mientras, el joven trabaja: escribe, pule su obra, planea el formato, corrige pruebas, discute con sus compañeros este o aquel detalle, busca anuncios... A veces se detiene un momento sobre las cuartillas y piensa en un probable fracaso. *Sólo unos pocos llegan*. Esta idea le obsesiona. Y tiembla. Acaso todo eso que escribe con tanto entusiasmo no valga nada. Mentalmente analiza y compara. ¿Hay algo nuevo, algo suyo, en esas líneas de letra nerviosa? Los que llegaron tenían algo qué decir ¡y lo han dicho tan bien! El joven vuelve a mirar sus cuartillas. ¿Valdrá algo esa prosa desaliñada, esa prosa de ignorante? ¿A quién le ha de interesar tanta imperfección, cuando lo excelente, lo genial, se puede obtener en cualquier librería?

Ha entrado en el cuarto —que recibe el pomposo nombre de redacción— un amigo de los jóvenes. Lee y anima. Todos ven en sus labios una palabra no pronunciada: *Quizás*... La pluma corre de nuevo por el papel.

Sí. Hay que escribir, hay que publicar la revista. Se va al fracaso o al éxito; pero no vale detenerse. La revista es el primer punto crucial de nuestra vida de escritores, un punto que no se puede sortear. Es tan fatal para nosotros como la misma vida. El que deserte ahora está vencido sin luchas; el que prosigue, tiene, con la probabilidad del fracaso, una esperanza de luz, un *quizás*.

Y si tú, lector, tienes tentación de reirte, dominala. Sólo te pedimos eso. Concédenos tu atención y tu crítica. Favorable o condenatoria será mejor que tu sonrisa. Y sobre todo, no nos compadezcas. Piensa que tú también deseas —o deseaste— volar sobre Clavileño, así, como lo hacemos nosotros, pobres de equipaje, pero llenos de fe. Y no merece ofensa ni desprecio el que quiere volar —aunque caiga.

REDACTORES

Director:

Luis Rius Azcoita.

Redactores:

Jesús Bugeda Lanzas. — Inocencio Burgos — Enrique Echeverría — Juan Espinasa Closas — Alberto Gironella Ojeda — Horacio López Suárez — Francisco Moreno Capdevila — Alberto Oliart — Fernando Rico Galán — Víctor Rico Galán — Rafael Segovia Canosa — Arturo Souto Alabarce — Eduardo Ugarte Arniches.

Redacción: Paseo de la Reforma No. 35, dep. 102.

México, D. F.

CUENTO ENANO

Imágenes primeras:

Por A. Souto Alabarce

En mar de calaveras huecas, salpicadas de crepúsculo, navega un buque fantasma con las velas desgarradas al viento..

BONIFACIO nació en un pueblecito minero, en cualquier país del mundo. Al abrir los párpados por vez primera, vió un techo bajo, sombrío, húmedo También el rostro embotado de su padre y el ceño adusto de su tía. Por aquellos tiempos, aún no bajaba la justicia a las entrañas de la tierra.

El parto fué doloroso. Los vecinos escucharon, durante toda la noche, a través de la callejuela enfangada, los quejidos ahogados ensordecedores... ronco aullido del dolor físico.

Era una noche oscura. Las gotas de lluvia tamborileaban sobre los cartones que tapaban la ventana. Pum, pum, pum... pum, pum, pum... Era un ruido sordo, monótono, enervante. De vez en cuando, un largo silbido irrumpía en el silencio de la negrura helada: el viento. La niebla empezó a extenderse, grávida, sobre las cosas y los seres.

A la luz amarillenta y epiléptica de una lámpara de petróleo, unas manos sarmentosas cortaron el cordón umbilical con unas tijeras viejas, roídos sus bordes de orin rojo. Rota la ligazón, interrumpida la savia en su sonata, Bonifacio se convirtió en una nueva vida.

Y aquella misma noche, mientras limpiaban con agua caliente el cuerpecillo arrugado del recién nacido, su madre exhaló una última lamentación. Las mismas parteras la amortajaron, acariciando alternativamente al cadáver de la madre y al cuerpo del hijo Alacranes matricidas escuchando la dura ley de la vida...

Alguien propuso que se llamara Bonifacio. ¿Y por qué no? Bonifacio..., así quedó para siempre.

A la mañana siguiente, el Sol se arrastraba por el horizonte Allí, el astro era cosa pálida y enfermiza. Por la calle principal del pueblo, chapoteando fango negro, avanzaba una comitiva fúnebre. No era fácil distinguir entre muertos y vivos Quizá fuese la muerta la que iba encerrada en el tosco ataúd de pino; quizá fuesen los vivos aquellos que lo cargaban. Pero estaban lívidos, sucios, caminaban quebrantados. El carbón lo llevaban a cuestas, en sus poros en su miradas... brillo negro.

La enterraron en un lomerío de color pardo. Una cruz blanca. Las secas oraciones de un sacerdote amargado. La gente que, sin prisa, volvió el camino andado, pensando en próximos funerales. Era Domingo.

El padre, enjuto y salvaje, se embruteció con aguardiente. Tumbado sobre el viejo catre salpicado de chinches, buscaba consuelo en pesadillas bochornosas Tenía una herida transparente en el costado, había de sustituir la sangre que se iba de sus venas, con vino rojo.

A Bonifacio lo atendía su tía. Mujer extraña, que tenía un concepto doloroso de la religión. Era como las raíces retorcidas de los árboles, secas al viento. Aquella nueva vida que se agitaba entre sus manos arrugadas no era más que un nuevo cilicio.

Pasó el tiempo. En realidad, sólo pasaron los años. El tiempo era allí algo teórico, siempre igual. Niebla, lluvia, frío. Lobos aullando en las montañas.

El padre de Bonifacio era minero. Cuando por las noches retornaba del trabajo, agotado, sucio, maloliente, se encerraba en su cuarto con una botella. También era triste la vida del niño La mitad del día la pasaba en manos de su tía, como el reloj al que dan cuerda. La otra mitad transcurría con Bonifacio escondido en cualquier rincón, hecho asustado. Era en esos rincones de telarañas donde la mosca se escapaba de la realidad. La mosca soñaba.

Una mañana, una explosión sacudió todo el pueblo. Inmediatamente, con la intuición de la gente que sufre, todo el vecindario corrió a la boca de la mina. Había estallado una de las galerías. Grisú. Cien hombres se ahogaron en las entrañas negras de la tierra. Vulcano pedía víctimas.

Algunas mujeres jóvenes se volvieron locas. Las demás lo estaban desde tiempo atrás.

Aquella noche, la tía de Bonifacio llamó al niño y le dijo a boca de jarro:

—¡Tu padre ha muerto, cayó en la mina con los demás!

Bonifacio guardó silencio En ese instante, se acordó de que su padre era el único que le sonreía a veces, cuando no estaba intoxicado. Y fué entonces cuando el niño comprendió la tristeza que muchas veces advirtió en la mirada enrojecida del borracho. Era la tristeza del impotente. Lo retorcieron impulsos salvajes, brillaron mil lucecitas, mil moscuelas, pero la tormenta cayó sintética: dos lágrimas al suelo de madera.

—¡Déjate de niñerías!—Sonó la voz áspera de su tía—Ahora estás solo y ya es hora de que vayas trabajando. ¡Tienes doce años!

¿Doce años?, susurró una voz misteriosa, pues si es un enano, ¡un verdadero enano!

Imágenes segundas:

Hay en la Luna altas montañas, blancas y azules, blancas y azules, y tristes murciélagos negros llorando sangre por ojos sin pupila

Bonifacio era un enano. Consiguió el puesto de celador. Así, durante muchos años, Bonifacio no salió casi nunca de la mina, alguno que otro Domingo a lo sumo.

Cuando caía la noche y los mineros subían a la superficie, se acurrucaba junto al percherón ciego. Hombre y bestia dormían juntos sobre un montón de paja. Hacían una silueta fantasmal en la oquedad oscura de la galería, un enano y un caballo blanco.

En la mina se escuchaban por las noches ruidos raros. Lamentos, sonidos de alimañas... contaban, historias raras los mineros, de duendes y gnomos, de fantasmas con la piel descolorida.

Bonifacio se hizo hombre. Un hombre deforme, de alma solitaria, ahogada por mil complejos.

Estalló la guerra. Una guerra de tantas. Tridimensional. Se mezclaron ideales y avaricia en charcos de sangre y barro Luego, cuando terminó, surgió la inevitable crisis. Cundió el hambre, la peste. Se sembraron granos políticos por las tierras fértiles..., una huelga, dos, tres

Bonifacio era minero. Sabía lo que sufren esos hombros cloróticos, de ojos enrojecidos, con los pulmones carcomidos por la silicosis. Se decidió por la revolución.

Una tarde, cuando caía una lluvia fina, helada, llegaron las tropas. Era día de huelga y los mineros montaban guardia en la superficie. Cualquier incidente insignificante desencadenó la matanza. Fueron sables contra picos, bayonetas contra palas, fusiles contra dinamita. Los mineros tuvieron que ceder mucho terreno. Todo terminó en la noche. Muchos hombres quedaron tendidos. Algunas casas elevaron serpientes de fuego al cielo inmutable. El enano, con una pierna muerta, abandonó su pueblo natal.

Junto a la cruz de su madre, contempló por última vez la escena de su nacimiento

Un enano ensangrentado, una cruz blanca sobre el fondo oscuro de la noche; a lo lejos, un pueblecito fantasma, fuegos anaranjados y hombres lívidos con el pecho abierto mirando a la luna con ojos apagados.

Imágenes terceras:

Allá, en ese bosque cubierto de niebla azulada, salta entre los altos troncos grises, mirando los rayos de luz que filtra el follaje verde, un duendecillo enamorado de una ninfa.

Bonifacio llegó a una capital. Era una de esas ciudades ya muy viejas, demasiado grande y ruidosa. Allí esperó encontrar refugio de la policía. Había tanta gente...

Vivía en una buhardilla. El techo, en declive hasta la ventana, tenía aspecto de losa mortuoria. Las paredes se cubrían de grandes manchones de humedad. El enano pasaba mucho tiempo, inmóvil, observando con atención las manchas verduzcas sobre la cal. Le gustaban. Sentía atracción por el moho. Seguramente, serían recuerdos de infancia.

El enano estaba triste. Solía pasar el día con los codos apoyados en el alféizar de la ventana. Veía a los hombres correr por la calle. Los había altos, gordos, flacos, bajos, pero tan solo contó dos o tres enanos Y eso que incluía en sus cuentas a los jorobados.

Era extraño el panorama que desde aquella ventanita visitaba Bonifacio. Chimeneas negras que apuntaban a la eternidad del cielo. Cielo grisáceo, cuajado de oscuros nubarrones que en la lejanía se perdían desgarrados de melancolía.

También allí había humo. Un humo espeso, formado por la agregación etérea de infinitas partículas de carbón Se pegaba a las casas, volviéndolas cosas tristes

Y llovía. Lluvia fina, fría, insignificante. Pero humedecía la carne y la piedra. Hacia

(Pasa a la Pág. 8).

PAGINA DE POESIA

Variaciones Sobre un Tema

(Romances)

"Creían (los antiguos mexicanos) que había un mal espíritu enemigo de los hombres a quien daban el nombre de tlacatecolotl *(buho racional) y decían que frecuentemente se les aparecía para hacerles daño o aterrarlos".*

CLAVIGERO

I

¿Eternidad? Duele el tiempo.
latigazo de la nada,
conciencia bajo los sueños
que no me deja quedar
cara a cara con lo eterno.

Hay una muerte escondida
bajo cada pensamiento:
el alma no está dormida
porque la despierta el duelo.

Sueños de brumas sin fondo
me hacen volar a lo eterno;
pero ya la muerte grita
su poder sobre mi cuerpo.

Y ya no queda el llorar.
todo se ha vuelto silencio.

¿Eternidad? Ya no hay tiempo.
¡ya no puedo recordar!

II

Sombras de muertes azules
rompen un alba de estrellas,
el corazón llora a gritos
su angustia de nada eterna.

La noche se vuelve roja
en mis entrañas desiertas,
y vienen todas mis muertes
en chocar de duras peñas.

Hacen llamar a la Nada
en la nada de mis puertas,
con un dolor sin dolor
que las rompe sin romperlas.

La noche se funde en sol,
y en mis entrañas desiertas
cubre el sueño la agonía
soñando mil vidas plenas.

Víctor Rico Galán.

Yo soy un Gigante

Surge la enramada
como carcelera
de las tierras anchas.
Reposo angustiado
sentado en la yerba
jugosa del campo,
envuelto en aromas
de melancolía
que sueñan los nardos.
Un gorrión divide
en dos al espacio.
En el cielo quieto
ulula el verano.

Yo llevo en el alma
un cielo más grande
que el de la mañana;
yo soy un gigante
cubierto de bruma,
que mide sus pasos
con los de la luna
y va caminando
por el horizonte
—igual que en el circo
andan esos hombres
por la cuerda floja—,
sin saber adónde.

Mi paso inseguro,
frágil, va acortando
la cuerda invisible
de un mundo lejano.
(Por estos lugares
se pierde el verano).
A veces veo el fin
que andarán mis pasos.
(No miro amapolas
trillar en los campos).
(Ni un gorrión divide
en dos el espacio).
¡Qué poco me falta!
(No llega a este campo
el aroma tierno
que sueñan los nardos).
¡Qué poco me falta!
¡Y nunca lo alcanzo!
Mis pies ya se arrastran
rotos de cansancio.
¡Qué duro es andar
pisando el perfil
frío del horizonte,
y nunca llegar!
No llegaré nunca.
Lo sé. Y sin embargo
mi alma fogosa
me sigue empujando,
y es que llevo en ella
un cielo más grande
que el de las estrellas.
Yo soy un gigante
cubierto de bruma,
que mide sus pasos
con los de la luna,
y va caminando
por el horizonte
—igual que en el circo
andan esos hombres
por la cuerda floja—,
sin saber adónde.

I

Le dije que en el fondo de un [illegible]
vi un horizonte nuevo,
un horizonte que brotó escondi[illegible]
en el duro silencio de mi pecho.
Y la he visto temblar.
En sus pupilas, retablo de luc[illegible]
angustiada la noche
dormía en velos negros.
De sus labios, lejano luminar
de mi corazón yermo,
de mi intensa agonía,
éxtasis de oraciones florecieron

Yo he vuelto la mirada
a los desnudos párpados del c[illegible]
y he visto en cada estrella
un gran ciprés enhiesto;
filósofo sereno, grave, frío
como un sepulturero
con perfil de guadaña, que vig[illegible]
el Cementerio Eterno.

Luis Ri[illegible]

Muerte en la Vida

Ni la huella perenne del silencio,
ni la inquietud de un sueño,
ni aún sombra de la noche, en el vacío
de mis ojos de muerto.

El alma se ha encerrado ya en su cuerpo
ahogando el sufrimiento:
sólo la angustia de un hacer eterno
la funde con el tiempo.

Víctor Rico Galán

Elegía

De barro y arena. Soledad, en la noche
(eterna
del silencio, silencio de campana antigua.
De barro y arena, con sombras y curvas
(fieles
a mi piel de tierra y Universo de mura-
(lla.

La piel del hombre, manzana podrida,
negra, gimiendo de dolor enmedio del
camino de las estrellas y rodeada de sabor
de mares, con historia de espacio y tiem-
(po

Contigo, Soledad, sólo contigo quiere
comulgar la luz de mis ojos, el aliento
de mi boca, el sudor de mi cuerpo blanco.
Quiero fundirme en una arteria perenne.

El lejano canto del hombre, se desmo-
(rona,
pierde su historia, su voz, sus ojos.
Tú, huyendo te acercas, inconciente,
a la piedra, a la flor, a mis labios.

La muerte se levanta en aleluya de som-
(bra,
pero tú, compañera, gimes con llanto
de niño o pájaro herido sobre mi
cadáver de hombre infecundo, estéril.

Hoy te deseo, invisible, como herida
de farol en la noche, llena de dulzura,
porqué mi cuerpo agoniza en la arena,
en el barro, y quiere poseerte antes de
confundirse

A. Gironella

Nocturno

La roca es ciega, sin entrañas
Tú, noche, la cubres con tu manto,
tierno de luceros y sombra.
(Junto a esa roca te encontré una vez,
no creía en tí)
Hoy he despertado como un pájaro
cargado de años y rocío. Mis alas,
paralizadas, sin espacio.

Alberto Gironella.

Transfiguración

El cuerpo de la noche gime dulcemente.
Blanco es mi claustro, deshabitado,
el silencio me abraza.
La muerte es una estrella de mar...
—¿Ves?
Dios me cree muerto, suyo.
Pero aún el cerco de mi cuerpo
no rompe sus muros, todavía
tiene límites mi sangre.
Cree que he muerto porque he
suspirado, suspirado aquí,
junto al mar, en el límite
de arena y agua.
¿Será la muerte un suspiro?
La noche dobla su cuello,
blando.
Mi claustro de tierra se
confunde con la arena.
Mi cabeza es una rosa,
de poeta sin sombra.

A. Gironella

—oOo—

Morir de Otoño

Morir de Otoño... negrura.
Vestida de cementerio,
encorvada su figura
angustiada de silencio,
entra en mi alma
conciencia del pensamiento.
Mar de urgencias cristalinas
elevándose a lo negro.
Vistes de muerte.
En tus mejillas de cera
sonríe el cadáver negro
vestido de polvareda
Morir de Otoño... negrura.
Desnuda de sentimiento,
huertos de blanca espesura.
Ceniza de mi cuerpo ¡al viento!
Iluminando a las sombras
negras de mi tormento.
Duermen las olas tendidas
en el respaldo del tiempo.
Purezas en mi agonía
piden perdón a lo eterno.
Sedas de novia en el campo,
trazan figuras de besos

Inocencio Burgos

Nada

Desciende la noche su dolencia
en el cuerpo fugitivo de las almas.
La luz que antes respiraba estrellas
agoniza en la negrura de la calma.

*

El día en que el mar cubra la Tierra,
en que la vida viva de blancuras,
un canto en el olmo llorará sus penas
y un gritar de chopos pedirá llanuras.

*

El último respiro de la orilla
duerme profundamente en el remanso.
La luna arrepentida de la vida
marchita sus ojeras en el llanto.

*

El día en que la Tierra sufra de la nada,
en que la muerte llene sepulturas,
un lirio de senda distanciada
llamará a los cardos en su ayuda.

*

Animo en mi amor tranquilo,
venciendo a las aguas lentas.
Una risa de tiempo sonríe en mi nido,
dándome el desengaño de su experiencia.

*

El día en que una voz nos llame huma-
(nos,
en que apresuremos nuestros pasos condo-
(lientes,
un entierro de ríos correrá en el llano
la procesión agónica del durmiente

*

Vientos de mi fatiga,
han cantado mi destino.
El frío me encuentra seco
y va mi cuerpo conmigo.

Inocencio Burgos.

ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO
BIBLIOTECA Ateneo Español de México

JOSE LUIS HIDALGO

y las dos tendencias de la poesía actual española

Los mejores libros de los jóvenes poetas que actualmente residen en España, reflejan una enorme desilusión por la vida; y es que frente a la formal y académica voz de falsete de los pseudo-poetas paniaguados del régimen franquista, se alza lleno de fiebre y dramatismo, de honda congoja humana, de sincero dolor por la vida española, el grito de estos jóvenes que se sienten arrebatadamente vinculados a la actual tragedia de España.

No importa que sus versos no sean un ataque directo al momento político—¿quién podría hacerlo hoy en España?; basta con que en ellos suene la lúgubre melodía de la existencia triste; de ese cotidiano y cruel "pasar" de los españoles. El drama del pueblo español, vergonzosamente solo ante tanta claudicación ignominiosa, se percibe vigoroso y desesperanzado en la auténtica poesía española. Es cierto que los poemas de esta juventud son doloridos y trágicos, pero ¿es que acaso en España, siendo sincero, "siendo bien nacido", como decía Machado, se puede cantar de otra manera? ¿Es que una sensibilidad bien templada puede dejar de escuchar el último temblor de esos cuerpos rebeldes y heroicos que se desploman diariamente, frente a los pelotones de ejecución? ¿Acaso no es justo que esta juventud abocada al caos de las ideas de la acción gloriosa, se sienta obsesionada por el hondo y terrible problema de la muerte, cuando la represión y el hambre les empuja hacia ella?

Un claro ejemplo; el más claro quizá, de esta sensible juventud sacrificada, es José Luis Hidalgo.

Este "rudo Cántabro", como le llamábamos los que tuvimos la dicha de conocerle en vida; este montañés de frente ancha; ojos como tizones, de pelo rabiosamente negro y tez cetrina apegada a los huesos, supo dar un mentís rotundo y definitivo a los falsos poetas de escayola que, desde las páginas de las revistas subvencionadas, nos enviaban su "inevitable mensaje" en forma de soneto; soneto que si era perfecto de rima, era en cambio intolerable por su falta de hondura, por su carencia absoluta de temblor humano. Para ellos, como dijo uno de los pocos críticos inteligentes y sobrios que publican actualmente en España, "el soneto es una suave pista por donde se deslizan como perfectos patinadores", pero, tras de su "ligero" y "dulce" vuelo, no queda más que la perfecta frialdad de las palabras puestas en formación simétrica y disciplinada, como corresponde al "nuevo estilo".

A esta poesía de retórica dulzona y amerengada; a esta falsa poesía sin sangre, sin palpitación ni raíz, dió José Luis Hidalgo, con la seca rudeza de un hombre de la Montaña, el más duro golpe. A las monsergas líricas de "las rosas en clausura" de tanto poeta feminoide, contestó él con un libro: "Los Muertos", que apareció tres días después de abandonar esta vida, que le dolía "como le duele al árbol crecer sobre sus plantas".

En este libro, del que hoy nos honramos publicando por primera vez en México alguno de sus poemas, hallamos junto al misterioso y cierto presentimiento de su muerte próxima, la desazón mortificante y angustiosa de vivir en una constante y amplia noche; de sentirse desnudo y sólo frente a un Dios que inventa para decirle lo que sufre.

Manuel Bonilla Baggetto

Selecciones de Poemas del Libro de José Luis Hidalgo, "Los Muertos"

Espera Siempre

La muerte espera siempre entre los años
como un árbol secreto que ensombrece,
de pronto, la blancura de un sendero
y vamos caminando y nos sorprende.

Entonces, en la orilla de su sombra,
un temblor misterioso nos detiene:
miramos a lo alto y nuestros ojos
brillan como la luna, extrañamente.

Y, como luna, entramos en la noche
sin saber dónde vamos, y la muerte
va creciendo en nosotros, sin remedio
con un dulce terror de fría nieve.

La carne se deshace en la tristeza
de la tierra sin luz que la sostiene.
Sólo quedan los ojos que preguntan
en la noche total y nunca mueren.

Lo Fatal

He nacido entre muertos y mi vida
es tan sólo recuerdo de sus almas
que, lentas, van soñando entre mi sangre
y sobre el mundo ciego la levantan.

Quedó lejos la tierra, mis raíces
no salen del frescor que en ella canta.
De invisibles cenizas es mi cuerpo.
Los muertos de la tierra me separan.

Quisiera ser yo mismo, luz distinta
brillando cada día con el alba,
estrella de la noche, siempre joven,
que fulge de sí misma solitaria.

Pero yo no estoy solo, mi ser vivo
lleva siempre los muertos en su entraña.
Moriré como todos y mi vida
será obscura memoria en otras almas.

Los Hijos

Mis pobres muertos miran el sol y los
poniéntes con un ansia tremenda, porque
ya en mí se ciegan.

Gabriel Mistral.

Yo quisiera morir cuando ya tenga
mi sangre en otras sangres derramada
y ya mi corazón sea semilla
que florezca su flor en otra rama.

Porque entonces, Señor, mi tronco seco
sin la savia de Ti, se irá a la nada,
pero las ramas altas de mi vida
seguirán por tu luz alimentadas.

Y pasarán los años: mi madera
sobre el suelo caerá por Ti talada
y en su carne, ya tierra para siempre,
crecerán las raíces de sus ramas.

Así podré tenerte con mis hijos
podré llegar a Ti; por sus palabras,
podré llorar de Ti, podré soñarte
buscando en el futuro tus entrañas.

Pero si no es así, si en mí se ciegan
los ríos de la sangre que te cantan,
jamás te encontraré, porque los muertos
están muertos y mueren y se acaban.

Si Supiera, Señor

Si supiera, Señor, que Tú me esperas
en el borde implacable de la muerte,
iría hacia tu luz, como una lanza
que atraviesa la noche y nunca vuelve.

Pero sé que no estás, que el vivir sólo
es soñar con tu ser inútilmente
y sé que cuando muera es que Tú mismo
será lo que habrá muerto con mi muerte.

Resignación

¡Qué piedad por los muertos vas a tener,
(Señor,
si ya tu voluntad los ha matado,
si ya los has hundido para siempre
en un silencio eterno y sin descanso;

Sangran los muertos, sangran. Los gol-
(peas
con el tiempo implacable de los años;
los desintegras de la tierra oscura,
los pudres a furiosos latigazos.

Te comprendo, Señor, veo tu juego,
tu total e infinito solitario.
Juega, juega, Señor, pero perdónanos
la carne que nos diste por matarnos.

ADRIANA

(Cuento de nostalgias aldeanas)

Por JUAN ESPINASA

I

ADRIANA va a ser madre. Hoy estuve en el círculo con su marido —mi buen amigo el granjero Matías—, y cuando habló, le temblaban los ojos y la voz detrás del humo de esa pipa roída que nunca abandona.

—¿Sabes? —me ha dicho— Adriana va a ser madre.

Mi respuesta, inexpresa, comprimió en su tensa suspensión la inmensidad de lo inefable: como los largos silencios crepusculares...

—Yo quisiera que fuese un niño. Ella también.

—¡Claro! Siendo el primero...

—Sí, sí. —Sonrió gozoso—... Pero también una chica.... ¡Dicen que la primera siempre sale a la madre!

¡Un hijo! ¡Adriana va a tener un hijo! No acierto a precisar el sabor de esta frase en mi boca y, sin embargo, gusto de repetirla, acariciarla, dejarla prendida en todas partes. ¿Será un varón, simpático y capaz como su padre, o una niña de grandes ojos garzos, cabellos de reina arábiga y con la cálida dulzura de la miel virgen? Ellos quieren un niño. Un muchacho fuerte, igual que su padre, y con las pupilas tan claras y brillantes como el firmamento en el mes de junio. Le llamarán como a abuelo, y después, cuando mayor, le dirán si en lugar de la granja prefiere estudiar para arquitecto. A los oídos de Matías, este vocablo ha escondido siempre un secreto sortilegio que jamás osó desentrañar....

Esta noche, cuando el sueño venza a la inquietud, soñaré, estoy seguro, al futuro arquitecto, al hijo de Adriana, y me veré paseando con él a través de los campos, junto a los trigales, sobre las lomas... Y pensaré, cuando me mire, que es carne de la carne de Adriana, que es alma del alma de Adriana. "¿Sabes, zagal? Yo quiero mucho a tu padre y a tu madre. Los conozco desde que éramos mozos como tú. Tu madre —¡cuánto la quiero yo a tu madre!— me llamaba siempre "el monaguillo triste"; pero no era cierto. Yo, junto a ella, lo veía todo más hermoso, de colores más alegres y brillantes, y sólo miraba el cielo en el fondo de sus pupilas color de noche... Un día, cuando llegó el Otoño y las hojas de los castaños se volvieron amarillas, amarillas, yo también perdí el color y me arrugué, como las raíces secas. Estuve muy enfermo. De una enfermedad silenciosa y larga que me hurgaba la entraña y no dejaba que retozara con los demás. Tuve que partir hacia lejanos montes. Después..."

¡Después! ¡Palabra que, a veces, tiene las suavidades de la arena fresca y, otras, la infinita tristeza de los horizontes en Noviembre!

—¿Después, qué? —tal vez pregunte mi joven amigo—. ¿Después, qué?

Y yo, con las retinas llovidas de tiempo, lo veré borroso unos instantes:

—Sólo los años...

¡Adriana va a ser madre! Hoy vi a su marido —que no sabe que yo, como él, la quiero desde chaval... y, al hablarme, le temblaban los ojos y la voz detrás del humo de su vieja pipa.

II

Mañana cumple ocho años el hijo de Adriana. Nació un siete de mayo, cuando clareaba. Por un momento —¡qué momento tan hondo y tan denso!— los ruiseñores dejaron de cantar y el rumor del río pareció apagarse. Yo estaba hablando con Pedro, el carretero, junto al cañaveral. Nos habíamos topado por casualidad, su carro colmado de grava, de zozobra mi espíritu...

—Hará calor, mucha calor.

—Por eso madrugo.

—Y yo.

Hubo una pausa. Las crías del robledal, desde sus nidos, desmenuzaban el alba.

—¿Y qué hay de Adriana? Oí decir que era hoy.

—Sí, hoy.

Yo miraba, por entre los álamos, aquella ventana verde, manchada de sol. A su pie, el viejo ciruelo mostraba los mil ramilletes de su fruta, que visto así, desde lejos, parecían farolitos de fiesta o pequeños corazones enlazados por un hilo de luz y mecidos por la brisa matinal. Recordé que, a veces, muchas, yo había ido con Adriana hasta aquel árbol amigo, y pensé, no sé porqué causa, que cuando una mujer lleva en el brazo un cesto de ciruelas, su rostro se hace más claro y su paso más ágil.

Pedro volvió sus ojos incoloros, lento y tranquilo el ademán:

—Dios quiera que vaya bien.

El aire se hizo de plomo. Un pájaro acerado suspendió su vuelo sobre el horizonte. Enmudecieron las crías en sus nidos y extinguióse, de pronto, el son de una esquila temprana que bajaba por la ladera del molino. Y los dos supimos que era entonces...

¡Ojalá! —susurramos a coro— ¡Ojalá!

Entre la mula parda y el jaco retinto, el carretero siguió adelante. Poco después, como un pregón lejano, ya sólo se oía su vozarrón de barítono despertando el camino:

—¡Arreeeee! ¡Arreeeee, mula!...

III

El camino a la granja de Matías —ese avanzar sonoro que las huellas secas del ganado hacen de pisada dulcemente incierta—, es un camino de amapolas y mariposas blancas, de culantrillo, retama y pan de lobo, de tímidos regatos y callados rumores de brisa, tibios como la mirada de una madre... Somos grandes amigos este camino y yo: nos une un vínculo de amores, de secretos del alma, desgranados, a veces, mientras marcho bordeando el boscaje, henchido por la cálida fragancia de la resina.

Y es que, cada mañana, antes de oír las diez en el campanario de la parroquia y viendo reverberar a mi derecha las paredes blancas de la aldea, voy en busca de mi pequeño amigo, el hijo de la granjera.

A mitad del viaje, a la altura de los maizales del tío Palomo, me encuentro casi siempre con Matías, que va al pueblo por asuntos del negocio.

—¿Y el chico?

—Allí le tienes esperando —exclama él, mientras trata de prender su vieja pipa: ¿Adónde, hoy?

—Iremos hasta el río. Hace un buen día...

—¡Bravo, hombre, bravo! Pues andad con Dios.

Y prosigue, ancho y fuerte como un roble, cuesta abajo:

—Andad con Dios...

El chaval ya está aguardando a la puerta de la granja. Lo llamo desde lejos y él, al descubrirme, echa a correr hacia mí retozando como un cervato. Tiene los cabellos rubios, como las mieses cuando se anuncia el Verano, y los ojos azules, con un azul brillante de infinito, igual que su madre. Llega brincando, pasa de largo como una exhalación y le veo avanzar por la ladera persiguiendo sus risas... Después, desde lejos, me grita unas palabras que no entiendo, y vuelve sobre sus pasos jadeante y feliz, con el rostro abrillantado por una suerte de luminosa transpiración.

—Anda, tú también...

Pero yo sonrío y le digo que por mí ya pasaron esos tiempos de correr monte abajo, y que no soy un niño, como él, ni un pájaro, como esas golondrinas que anidan en los aleros de su casa. "Mira, muchacho, —quisiera decirle—, ¿Ves aquella cañada de allá lejos? ¿Ves también, detrás de ella, más allá del trigal, después del encinar, donde el aire parece oro?... Pues allá, hace muchos años, había un pozo antiguo cuyo brocal cubría la yedra... A tu madre —¡tu madre era entonces una chiquilla!— le gustaba llegar hasta él de una carrera, y asomar su cabeza para verse en el fondo, y reírse muy fuerte para que el eco le devolviera sus carcajadas; yo corría con ella, llevándola de la mano, y, a veces, incluso, el viento le soltaba las trenzas y tenía que ayudarla a que de nuevo se las sujetara sobre la nuca, toda brillante y olorosa como los campos al amanecer..."

—¿Y luego? —quizá preguntara él—. ¿Qué sucedió luego?

Y yo, con el alma ahogada en los ojos, levantaría los hombros y le miraría diluirse en el cielo, como un rayo de luz.

—Luego, amigo, los vendavales de Otoño derruyeron el pozo...

El camino a la granja de Matías —ese avanzar sonoro que las huellas secas del ganado hacen de pisada dulcemente incierta—, es un camino de amapolas y mariposas blancas...

ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO
BIBLIOTECA
Ateneo Español de México

El "Otro" Señor García

Por FERNANDO RICO GALAN

Como de costumbre el reloj sonó a las ocho de la mañana. El señor García puso la misma cara de desagrado que venía poniendo todos los días desde hacía veinte años. Echó una fiera mirada al reloj y comprobó la hora: eran las ocho y cinco. Se incorporó en la cama, se levantó parsimoniosamente, cogió la ropa que estaba colocada sobre una silla situada cerca del lecho y se vistió. De pronto se acordó que tenía que afeitarse y lavarse. Se volvió a quitar la camisa y el chaleco y se dirigió al lavabo.

Mientras se estaba afeitando le empezó a entrar una terrible impaciencia. Volvió a mirar el reloj y se cercioró de que eran las ocho y diez. "Bueno —pensó— aún tengo mucho tiempo hasta que sea hora de irme a la oficina". Y volvió una vez más frente al espejo, delante del cual terminó de asearse. Luego se vistió y bajó a desayunar.

En el comedor le esperaba la patrona, mujer de unos cincuenta años que trataba muy bien al Señor García, por hacer más de veinte que éste se albergaba en su casa. Don Antonio pagaba bien, con puntualidad. Además era un hombre serio que llevaba una vida muy metódica, lo cual satisfacía mucho a la patrona acostumbrada a que casi todos sus huéspedes fuesen estudiantes que dejaban que se juntara la renta de varios meses y aún así había algunos que se iban sin pagar.

El Señor García saludó muy cortésmente al ama, quien le tendió el periódico que Don Antonio comenzó a leer mientras comía.

De pronto interrumpió la lectura, sacó su hermoso reloj de oro del bolsillo del chaleco y lo miró intranquilo. Eran las ocho treinta. Se levantó inmediatamente de la silla que ocupaba, tiró el periódico al suelo con presteza y dando un portazo salió de la casa. Cuando ya estaba fuera, se dió cuenta de que se le había olvidado el sombrero. Volvió a entrar, subió a su cuarto y encontró sobre una mesa el sombrero que se colocó en la cabeza. A grandes zancadas abandonó la pensión y se dirigió a la esquina más próxima a esperar el ómnibus que lo conduciría a su oficina.

Al poco rato de esperar llegó un muchacho que se situó a su lado en espera también del vehículo.

—¡Caramba! —le dijo Don Antonio al recién llegado— en mi vida esperé tanto por un ómnibus. Llevamos aquí media hora y no aparece por ningún lado

—Sí señor —contestó el aludido— tarda un poco.

Don Antonio volvió a mirar su reloj. Eran las ocho cuarenta. Su acompañante le preguntó:

—¿Qué hora tiene usted, por favor?

El Señor García, rojo de indignación le contestó:

—Las ocho cuarenta. Tengo tan solo veinte minutos para llegar a mi oficina. ¡Figúrese usted, voy a llegar tarde!

Mientras decían ésto, apareció el camión, al que subieron apresuradamente.

Eran las nueve y un minuto cuando el Señor García entraba en la oficina. Llegó tan rápidamente, que al pasar junto a una mesa, sembró por el suelo todos los papeles que sobre ésta se encontraban. Miró tímidamente a la señorita a la que había causado tal perjuicio, la cual, dándose cuenta de su cortedad, se limitó a decirle:

—Buenos días Don Antonio. Parece que viene usted un poco nerviosillo.

—Sí, señorita. La tardanza de estos camiones es para sublevar a cualquiera. ¿No le parece a usted?

—Tiene usted razón Don Antonio, tiene usted razón— e imitando su voz repitió: "Para sublevar a cualquiera".

Nuestro buen hombre se dirigió a su mesa, sacó de un cajón un montón de papeles y comenzó a leerlos. Pero pronto tuvo que suspender su labor. En realidad se encontraba muy nervioso ese día. Se quedó un rato absorto en sus pensamientos.

"Desde luego no fué el camión lo que me puso a mí así. Hoy desde que me levanté ya noté esa impresión de impaciencia, de inquietud. ¡Bueno, ya pasará si quiere!" Y siguió leyendo los papeles que tenía delante. Pero aquella desazón tenía más alcance de lo que le concedía Don Antonio. Le era imposible concentrarse en la lectura. Empezó a sentir que le golpeaban las sienes, que un sudor frío le corría por la frente y decidió marcharse. Después de pedir permiso al jefe para irse a su domicilio por encontrarse ese día indispuesto para continuar trabajando, abandonó la oficina. Se dirigió a la esquina para tomar el camión que lo llevara a su casa; pero éste tardaba y Don Antonio decidió "tirar la casa por la ventana" e irse a su vivienda en un taxi.

—Aunque me cueste tres pesos, ¡qué demonio! primero soy yo que el dinero —y se quedó asustado de haber podido pronunciar esas palabras.

Cuando llegó a la pensión se encontraba enfermo de verdad. Apenas podía sostenerse en pie. De su frente caía el sudor que le chorreaba por la cara. El dolor de cabeza se hacía ya insoportable; además el mareo que sentía hacía que anduviese dando traspiés como un ebrio.

Haciendo esfuerzos casi sobrehumanos, logró subir las escaleras y llegar hasta la puerta de su cuarto, la cual abrió de un tremendo empujón. Con los ojos medio cerrados se dirigía a su cama. De pronto, cuando había llegado al borde de ésta, sus ojos se abrieron desorbitados. Sobre el lecho se encontraba su cuerpo completamente rígido con los ojos abiertos, muy abiertos, mirando al infinito. El Señor García pudo aún articular una palabra:

—¡Muerto!

Después se desplomó.

Cuando horas más tarde entró la patrona, halló el cadáver de Don Antonio con los ojos fijos en la cama.

El médico dictaminó:

—Fué un colapso al corazón.

CUENTO ENANO

(Viene de la Pág. 3)

crecer al moho, solitario y con vida muerta.

Bonifacio pasó muchas hambres. Tuvo que dormir bajo los puentes y le produjo reumatismo. Estaba desvencijado y su pecho joven no era más que un cascarón, hueco, sin calor.

En Verano, se esfumó la niebla. El cielo se despejó, quedando azul, poblado de vellones blancos. Algo de ese azul penetró hasta el alma encallecida del enano. Paseaba, contento y flaco, por las calles. Cierta vez, a pasar frente a los tenderetes de un circo desastroso, un hombre se fijó en su joroba.

Era un hombre gordo, de rostro rojizo y grandes bigotes negros.

La joroba del enano no era gran cosa. Quizá una leve desviación con ligeras protuberancias.

Entonces, lo llamó a voces, sin importarle que la gente se arremolinó en torno al aludido. Bonifacio se asustó. Creía que aquel individuo lo había reconocido. Iría a la cárcel. Pero no. El hombre simplemente le ofreció trabajo en el circo. Sería una diversión para los niños. Y los niños, morbo inconsciente, eran un factor importante. Al enano le gustaban los niños, pero a veces, al verlos reír, le acometían odios irrefrenables.

El circo fué una especie de revelación cósmica ante los ojos deslumbrados de Bonifacio. Trabajaba como vendedor de dulces. Los primeros días, con admiración infantil, se quedaba pasmado al ver los elefantes sabios, los leones amaestrados, las cabriolas de los payasos...

Después, todo fué nublándose de nuevo. Volvió el invierno. Los elefantes tenían costras adheridas a su piel rugosa, los leones gemían por las noches, manando sangre de martirios ocultos, las carcajadas trágicas de los payasos. Payasos de colores...

Una noche, Bonifacio contaba las ganancias del día, sentado en una de las gradas. Los trapecistas ensayaban. Daban grandes voces, había eco en la tienda mayor. El enano alzó el rostro. Una figura cruzó, volando, el espacio, yendo a posarse en el trapecio opuesto. Nunca había advertido aquella mujer. Era delgada, pálida, de ojos adormecidos y cabellera cenicienta. Los empleados cuchicheaban que estaba tísica.

—Es curioso, —musitó Bonifacio— recuerda a las mozas de mi pueblo.

Cierta vez que la Luna se alejaba, envuelta en un halo blanco y frío, Bonifacio entró tímidamente en la tienda de la trapecista. Poco después, salía cabizbajo.

IMAGENES CUARTAS:

Y pasó entonces, que las hormigas vomitaron fuego...

Cuando estalló el incendio en la carpa de los elefantes, todos acudieron a salvar a las bestias que bramaban de terror. Nadie se fijó en la chispa que alcanzó la tienda mayor. Allí, el incendio se desató abrumador. Según cuentan, se vió a Bonifacio, por ultima vez, balanceándose sobre el espacio, derecho sobre el trapecio. Se aferraba a él una mujer loca de miedo y el enano vociferaba:

¡Yo sé un himno gigante y extraño!